

Del sujeto *en* el Otro a la exogamia

Conferencia de **Hugo D. Piciana**

Comencemos por el principio: el nacimiento del cachorro humano, como lo llamaba Freud, tiene la particularidad de depender¹ del Otro, lo que significa que es el Otro el que viabiliza las condiciones necesarias para el advenimiento de un sujeto de derecho; si éstas no operan el efecto será un sujeto de hecho.

Esto queda plasmado en el *Proyecto de psicología*, donde Freud, explícitamente, señala que la acción específica la ejecuta el Otro, lo que da cuenta de la profunda indefensión del sujeto y de la omnipotencia adscripta al Otro. Esta acción es la piedra inaugural de la dependencia del sujeto. A partir de lo cual, siguiendo con la enseñanza de Lacan, podemos decir que el sujeto no es causa de nada, es efecto. ¿Efecto de qué? Podríamos responder, en primer término, del lenguaje; siguiendo en esta línea, del significante. La primera definición conceptual de inconsciente que da Lacan, “El inconsciente está estructurado como un lenguaje”, da clara noción de que el sujeto es efecto del lenguaje; éste lo antecede, como el Otro de los primeros cuidados, como lo denominaba Freud. O sea que el sujeto viene a ocupar un lugar *en* el Otro, y por el Otro tendrá un lugar, según se cumplan las condiciones necesarias para que advenga un sujeto de derecho, caso por caso.

Para dar cuenta de esto tomemos el texto de Lacan de sus escritos, “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”. En este caso, nos guía el grafo del deseo, y las consecuencias que emanan de él nos irán mostrando las diferentes formas y modos en que el sujeto está *en* el Otro, poniendo de relieve su dependencia vía su indefensión inaugural.

Si partimos del piso inferior, en nuestro recorrido podemos, a través de los lugares y los matemas, encontrarnos con el lugar del gran Otro, donde se encuentra lo que se

¹ Depender: estar una cosa con otra en tal relación que esta otra determinará que aquella se realice o no se realice o que se realice de una manera o de otra. Estar una persona sometida a la autoridad o a la voluntad de otra (María Moliner, Diccionario de Uso del Español, Gredos, 1992)

denomina el tesoro de los significantes; luego con el significado del Otro, el síntoma; luego con el *moi* y la imagen especular del otro, *i (a)*, o sea, el espejo donde se mira y queda atrapado el sujeto. Y al finalizar, sin olvidar el lugar de la inhibición, está el Ideal del Otro. Aquí nos encontramos con algo que se deduce sencillamente: todo lo que hasta aquí ubicamos lo designa, marca, establece y sanciona el Otro, el sujeto va paso a paso en este recorrido dando consistencia, pregnancia, autoridad y otredad al que encarna al gran Otro; le adscribe al Otro su potencia.

En este punto se articula de manera clara el segundo concepto de inconsciente que nos da Lacan, “el inconsciente es el discurso del Otro”, solidario del concepto de deseo, en tanto el deseo del sujeto es el deseo del Otro. A partir de aquí se marca la orientación que va tomando la relación entre el sujeto y el Otro, o sea la sumisión del sujeto a su o sus Otros.

Dicha sumisión, a mi entender, culmina en la construcción del fantasma, la cual se realiza en el campo del Otro, donde nos encontramos con una estructura de ficción, lo verídico para el sujeto.

A mi entender, dicha estructura de ficción es lo que corona y da la clara posición del sujeto con respecto al Otro, dado que llega a petrificarse como objeto causa del deseo del Otro; para ser su falta, lo que le falta al Otro, él se ofrece como su causa.

Pero, ¿está garantido que el sujeto, en su posición de objeto, cause el deseo del Otro? No, ¿por qué no? Lacan nos enseña que el objeto *a* está a merced del Otro. Sin duda el *a* es causa del deseo, pero lo que no está garantido es que el Otro lo tome por su causa. Creo que es necesario aclarar este punto porque la causación del deseo no se produce *per se*. Así pues, volvemos a la estructura de ficción que es el fantasma, que responde a una singular temporalidad, la del tiempo suspendido; dicho de otro modo, es lo que se actualiza para cada sujeto, se repite. Y si tomamos el sesgo del significante, el sujeto queda alienado a los significantes del Otro.

O sea que el sujeto queda sujetado al Otro en una doble vertiente, vía el significante y como objeto causa del deseo del Otro.

La consecuencia directa de esto la podríamos ubicar como la detención del sujeto. Lo que permanece, la permanencia inerte que pone de manifiesto la repetición como el

destino trágico del sujeto. Lo permanente nos está indicando la detención de la dialéctica del deseo, lo no realizado, lo que está en espera.

Si rastreamos en Freud el origen de lo que luego va a permanecer, lo inercial, en “Recordar, repetir y reelaborar” encontramos: “Pronto advertimos que la transferencia misma es sólo una pieza de repetición, y la repetición es la transferencia del pasado olvidado”, y luego agrega “¿qué repite o actúa en verdad? Repite todo cuanto desde las fuentes de su reprimido ya se ha abierto paso hasta su ser manifiesto: sus inhibiciones y actitudes inviables, sus rasgos patológicos de carácter, y además, durante el tratamiento, repite todos sus síntomas”.

Aquí Freud nos habla de las fuentes, de lo anterior, como acontecimiento, o sea, del momento de las fijaciones libidinales, dentro de lo que él describe y formula como el complejo de Edipo. Por lo tanto, lo que se pone en juego es una sucesión de sustituciones de los objetos fijados anteriormente.

Aquí cabe hacer mención y desarrollar lo correspondiente a las fijaciones libidinales de objeto, a partir de las cuales se producirán las sustituciones de dichos objetos fijados. Para ello seguiremos los rastros de Freud en su escrito “Introducción del narcisismo”, donde nos dice: “Las primeras satisfacciones sexuales autoeróticas son vivenciadas a remolque de funciones vitales que sirven de autoconservación. Las pulsiones sexuales se apuntalan al principio en la satisfacción de las pulsiones yoicas, y sólo más tarde se independizan de ellas; ahora bien, ese apuntalamiento sigue mostrándose en el hecho de que las personas encargadas de la nutrición, el cuidado, y la protección del niño devienen los primeros objetos sexuales: son, sobre todo, la madre o su sustituto”.

Bajo la rúbrica de esta cita podemos reafirmar la anterioridad de los hechos que se van a repetir vía las fijaciones libidinales. Y una consecuencia que se extrae es que el objeto es “homo”, en el sentido de que sólo hay un sexo, o sea que el objeto que denominamos “homo” es solidario del concepto de endogamia, es decir que al campo endogámico le corresponden todos los objetos marcados como “homo”.

Su origen es la falta de marca, de huella, según Freud, de la mujer, o sea, la existencia de un solo sexo, lo homo. El problema radical que se plantea no es la existencia de dos sexos, sino de uno y de cómo tanto hombres como mujeres pueden acceder o no al otro sexo que no existe.

¿No es acaso según deduzco el mismo pasaje de la existencia del Otro sin tachar al Otro que no existe?

Si bien están invertidos dichos pasajes, el orientarse hacia el pasaje de lo homo a lo hétero, y del Otro omnipotente al Otro tachado dependerá de la apuesta del sujeto y de su decisión de privarse y perder.

Volviendo a lo anteriormente dicho y articulándolo a la transferencia, para ir avanzando paso a paso, seguiré el derrotero a la sombra de Freud.

Con Freud podemos verificarlo cuando en la conferencia 27, “La transferencia”, dice: “[...] demostramos al enfermo que sus sentimientos no provienen de la situación presente, sino que repite lo que a él le ocurrió una vez, con anterioridad”. Pues podemos decir que la anterioridad, en la temporalidad, marca la orientación en la clínica, es prevalente. Retomando la fijación como momento donde se marca para el sujeto su destino, éste queda cercado por lo que delimita lo endogámico, como campo posible para el sujeto.

De lo que antecede, ahora podemos retomar lo que permanece. En el *Seminario X, La angustia*, Lacan nos dice: “Esto quiere decir que la causa implicada en la cuestión del síntoma es, literalmente, si gustan, una cuestión, pero de la que el síntoma no es el efecto. Es el resultado. El efecto es el deseo... es que el efecto primordial de esa causa *a*, a nivel del deseo, ese efecto que se llama deseo, es un efecto que no tiene nada de efectuado”.

Pues, entonces, dicho efecto “no efectuado” que es el deseo es lo que está detenido, fijado, en otro lugar, en otra temporalidad. Esto es evidente, si partimos de que la posición del sujeto en el deseo del Otro es como objeto causa de ese deseo, ubicado en la contingencia de la hiancia del Otro, obturándola. Reafirma esto lo descubierto por Freud, cuando conceptualiza la fijación, fijado el sujeto como objeto del deseo del Otro, donde el fantasma le da soporte y consistencia a dicha posición del sujeto. Por lo tanto, podemos así verificar el campo de la endogamia, donde se propicia el deseo de dormir. Obedientemente el sujeto debe dormir en un campo delimitado por el Otro, y ese deseo de dormir se hace solidario del deseo de no saber, se verifica el horror al saber inconsciente del sujeto.

En dicha posición de objeto es donde ubico lo que permanece. Si el modo de entrada al campo del Otro no es otro que el de objeto, donde lo no efectuado toma consistencia y da consistencia al Otro, es responsabilidad del sujeto efectuar lo “no efectuado”. Aquí es preciso ubicar que lo que está por detrás de esto es la inconsistencia del gran Otro, es lo medular, en tanto el Otro sin barrar, sin falta, no existe, y esta inexistencia es el núcleo de la inconsistencia.

Es el objeto *a* que es el sujeto como su causa de deseo el que hace existir al Otro en tanto se mantenga la estructura de ficción verídica para que sea sustentable su consistencia. O sea que si hacemos una lectura retroactiva desde este punto, toda la obra de Lacan pone en interrogación la existencia del Otro sin barrar. O sea que lo que permanece es el rechazo de que el Otro no existe sin barrar.

Aquí es donde se puede decir que el sujeto como objeto está *en* el Otro, de este modo singular, siendo su objeto, así es como rehúsa la castración del Otro, el hecho de que está en falta, que soporta él también la *Spaltung*, la cual pone en evidencia irrefutable su división, división rehusada por el sujeto vía la negación.

En tanto el sujeto se confronte a la *Spaltung* del Otro, puede poner en marcha el trabajo de efectuar lo “no efectuado”, de ir desgarrando libidinalmente las fijaciones que acontecieron en lo que Lacan llamó el complejo de castración, donde lo paradójico es que lo que se niega es la castración del Otro; ese complejo en lo medular se soporta en la negación. Podemos decir que dicho complejo de castración es el campo delimitado por lo endogámico, como así también por lo sintomatizado, lo fantasmático, lo idealizado y soportado en el espejo del Otro.

Dado que el goce está sintomatizado, o aparece vía lo fantasmático, abrevando ambos en los ideales que el sujeto soporta, recordemos aquí lo que Lacan sostiene en el *Seminario 17*, en una cita que articula de manera clara lo que decíamos hace un momento al citar a Freud, con respecto a la repetición, “La repetición es una denotación precisa de un rasgo que he extraído para ustedes del texto de Freud como idéntico al rasgo unario, un palote, un elemento de escritura, un rasgo en tanto conmemora una irrupción de goce”.

Aquí podemos articular lo que veníamos diciendo y explicitarlo más claramente, dado que dicho “palote”, el rasgo, es el golpe del significante primero del Otro, pues el sujeto en el Otro se hace palmario.

Es sabido que repitiendo el sujeto se va enfermando pero vía la repetición se va curando, en tanto que repitiendo va gastando. ¿Qué? Goce. Repitiendo, entiéndase poniendo en juego, en trabajo bajo transferencia, la desfijación, la deslibidinización, la desidentificación para que lo que está en espera, lo no efectuado, se efectúe, para que el efecto acontezca. Para ello es necesario que el sujeto consienta en desasirse él mismo del objeto que para el Otro en su ficción verídica dice que es, su causa; el desasimiento es el inicio de la desgarradura, de la caída, y el operador clínico es el deseo del analista, lugar vacío donde el sujeto-analizante aloja el objeto causa del deseo del Otro, pero el desasimiento es el acto que lleva a cabo el sujeto, donde se confronta a la hiancia del Otro, del Otro tachado, en tanto el analista, semblante de objeto, sostenga su posición como un analista, es decir, como un no todo analista.

Vía la caída producida por la deslibidinización, o sea, el acto de desasimiento, el sujeto tiene los recursos legítimos producidos por su trabajo analítico para orientarse hacia el objeto hétero, en tanto la barradura del Otro, su inexistencia, su inconsistencia, queda desenmascarada y lo muestra como un sujeto en falta.

El sujeto ya no tiene que ser súbdito del gran Otro para mantener obturada su falta. Esta doble vertiente deja un camino posible entramado por la contingencia, contingencia que se inaugura con el pasaje a la exogamia, al posible acceso al Otro sexo. Si bien es decisivo el acto de desasimiento para que el sujeto efectúe lo no efectuado, lo que estaba en espera, esto alcanza también a la caída de los S_1 amo que orientaban y ordenaban las cadenas significantes, o sea, el discurso sujetado al Otro. A partir de aquí se inscribe a este nivel una nueva rectificación, con la cual se abre una nueva dimensión.

La cesión de objeto, o sea, el desasimiento que se desgarrar del deseo del Otro en tanto operaba como su causa de deseo, implica no sólo que las respuestas que tenía el sujeto a su disposición para obturar la falta en el Otro caducan, como efecto *après-coup* del acto de desasimiento, sino también que se abre una nueva dimensión al discurso del sujeto, a su palabra en tanto eficaz, dado que ya no son palabras bajo la rúbrica de la obediencia, bajo los mandatos bizarros sostenidos por el superyó, y si bien quedan marcas de

aquello que operó como ficción en la estructura fantasmática, el sujeto puede apropiarse de sus palabras también como elementos de escritura para poder reescribir su nombre en la lenta arquitectura de faltas y pérdidas en la construcción de las coordenadas hacia el objeto de su causación, en tanto el deseo opera sin el Otro sin barrar.

O sea, una de las consecuencias de la salida a la exogamia es la orfandad respecto del Otro, es dar cuenta de que el Otro sin falta no existe, que el Otro está marcado, poniendo de manifiesto su inconsistencia. El sujeto ha perdido a su ficcional garante. Dicha pérdida es la que posibilita el pasaje a lo contingente, lo necesario caduca, cesa; lo contingente da paso a lo no escrito del texto, a lo que está fuera del guión, el posible encuentro con un partenaire al que no se lo puede em-parejar, donde la pérdida pone en juego ese otro amor del que nos ha hablado Rimbaud.

Por eso dije antes que esto es un elemento nuevo de escritura. Se reinscribe, no sobre el vacío sino en sus bordes, dado que dicho vacío es el ahuecamiento de lo irrecuperable, la marca de la pérdida primera. Aquí el despertar del sujeto lo confronta con la pérdida; la búsqueda de lo imposible cesa; el no todo a partir de aquí es la brújula fallada que des-orienta al sujeto en su dignidad de incompleto.

El sujeto hambrea, dice T. S. Elliot; así lo escribió en uno de sus famosos poemas. Aquí agregó: si el sujeto hambrea, desea, está vivificado.

El desasimiento, en estas dos vertientes, es la posibilidad de ir más allá del nombre del padre, sirviéndose de éste. Aquí queda clara la rectificación acontecida en el sujeto; vía el trabajo analítico, en su derrotero, se rectifica su posición primera bajo la insignia del significante Nombre del Padre, para luego hacer el pasaje a servirse de él. El servirse de él, por parte del sujeto, marca la instancia de ese más allá del Nombre del Padre. A ese más allá aquí lo podemos nombrar como el pasaje a la exogamia.

El sujeto accede a una posición de goce no sintomatizado, a lo ilimitado del no todo. Una posibilidad como novedad se re-inscribe, una nueva escritura está a su disposición.

Hugo Piciana

Noviembre 2008

Bibliografía

Freud, Sigmund: “Recordar, repetir y reelaborar” (1914). En: *Obras completas*, tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 1990.

Freud, Sigmund: “Introducción del narcisismo” (1914). En: *Obras completas*, tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1990.

Freud, Sigmund: “27º conferencia: La transferencia” (1916-1917). En: *Obras completas*, tomo XVI, Buenos Aires, Amorrortu, 1990.

Lacan, Jacques: “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”. En: *Escritos I*, México, Siglo Veintiuno, 1979.

Lacan, Jacques, “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”. En: *Escritos II*, México, Siglo Veintiuno, 1987.

Lacan, Jacques: *El seminario, Libro 10, La angustia*, Buenos Aires, Paidós, 2006.

Lacan, Jacques: *El seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires, 1992.

Moliner, María: *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, 1992.

Piciana, Hugo: “Lo decible y lo indecible del objeto en su relación con el deseo”. En: *Conversación analítica II*, Buenos Aires, 2004.

Piciana, Hugo: “El deseo del analista y la *père-version*”. Presentado en: Coloquio de Psicoanálisis, Escola Letra Freudiana: “O desejo do analista”, Río de Janeiro, 2001, Brasil.